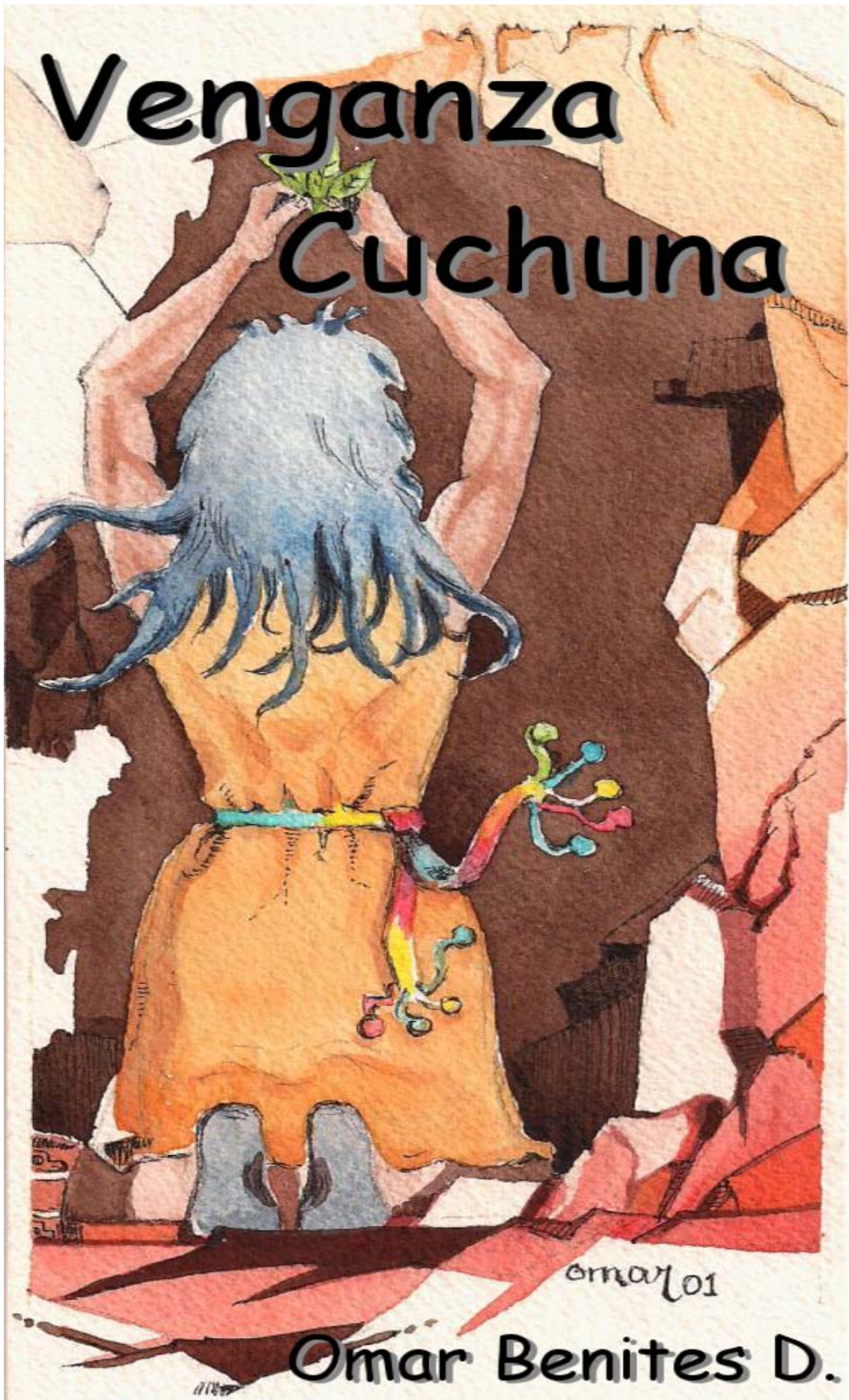


# Venganza Cuchuna



Omar Benites D.

# VENGANZA CUCHUNA

**Omar Iván Benites Delgado**

**Moquegua, 2010 – 2014**

## **INDICE**

### **Primera Parte**

- I. Dedicatoria
- II. Agradecimiento
- III. Introducción
- IV. Para prologar Venganza Cuchuna: Carta para Omar Benites. Dr. Ismael Pinto Vargas

### **Segunda Parte**

- I. Venganza Cuchuna
- II. Bacterias
- III. El Pajarito Pepito

### **Tercera parte**

Glosario de términos: Quechua - Español

## **DEDICTORIA**

A MIS ABUELOS

Luzmila y Cristóbal

A Zoila

A MIS PADRES

María Luisa Wendolina y Carlos Enrique, cuya partida dolió tanto que juré no llorarlos, aun lo intento.

A MIS HERMANOS

Cristóbal Manuel María,

Rina del Pilar

Carlos Oliden,

Enrique Ali,

Dante Wilfredo,

Eddy Norman y,

Mirtha Luisa

A MI ESPOSA

Piedad Elizabeth

A MIS HIJOS

Pamella Elizabeth y,

Omar Joel

A Q'Anigorcco

A Moquegua

## **AGRADECIMIENTO**

Lograr la publicación de **“Venganza Cuchuna”** ha tenido como antecedente el mismo itinerario, la misma rutina que cualquier peruano realiza en el andar frecuente para poner a disposición de la colectividad su trabajo de muchos meses o tal vez de varios años, pero al final del camino ese trajín obligado es el que nos brinda el sabor agradable de la realización, como en este caso, accediendo a este nuevo sistema de comunicación: las redes sociales por Internet.

Conciliar el referente histórico con el relato imaginario de los acontecimientos que se desarrollan en un determinado tiempo y espacio, nos obliga a una investigación minuciosa de los hechos anotados por los cronistas y por los historiadores pero también por quienes guardan en su memoria la tradición oral, que por lo general se pierde junto a quien la conoce. Este género literario exige someterse al trabajo ordenado y serio así como a la rigurosidad del dato histórico a fin de no distorsionarlo, tal como sucede en esta propuesta.

Reconocimiento que debo hacer explícito a quien me enseñó a ver a Moquegua a través de sus ojos, de su inmenso cariño por su tierra y que ahora prologa este trabajo sin mezquinar su participación a pesar de encontrarse en un lugar privilegiado como Miembro de Número en un inicio y como Secretario luego en la Academia Peruana de la Lengua, el Doctor Ismael Pinto Vargas.

Gracias a la Asociación de Guías de Turismo de Moquegua - **AGTUMO** por admitirme como su presidente, y aquí a cada uno de sus integrantes, socios activos y honorarios, amigos de siempre: Daniel Donayre Sánchez, Talía González Chacón, Lorena Zeballos, Yanet Cáceres Hurtado, Profesora Dora Ugarelli de Mory, Rvdo. Padre Johan Leuridan Huys, Dr. Raúl Vargas Vega, Oscar Mory Ugarelli, Fernando Rodríguez Alayza, a Nicolás Sáenz que intentó traducirlo al papel, y por último a la Agrupación Cultural Juvenil “Malos Muchachos” por renovar mi espíritu y animarme a retomar aquello que había quedado en el tintero.

A mi esposa y a mis hijos por soportarme sin protesta trabajar por las noches, leyendo, anotando, corrigiendo las páginas que en más de una ocasión regresaron al principio para volver a empezar. Jamás dudaron que esto sería realidad.

A mi hermano Enrique, “Kike” por sus dibujos, respondió a mi llamado al instante.

Y por último, a Manuel Zapata Moscoso, por su persistencia en brindarme la oportunidad de un espacio a través de la Web.

**El autor**

## INTRODUCCION

**VENGANZA CUCHUNA** es el título que me permite presentar tres cuentos cortos cuyo relato tiene como escenario la diversidad cultural, geográfica y humana de uno de los lugares más privilegiados que he tenido oportunidad de conocer, y han sido muchos en mi país y el extranjero: Moquegua; así como también la tierra de mis padres y de mis abuelos, Santiago de Chuco.

Aquí, en donde la tradición, la fábula y la historia se mezclan de una manera casi natural; en donde lo imaginario y lo verdadero encuentran una simbiosis ancestral, se produjeron hechos que forman parte de su historia oficial, pero también de la otra, de aquella que no ha sido escrita o que se calla por múltiples razones.

Algunos acontecimientos han sido incorporados en el cuerpo de estos relatos, principalmente en el primero de ellos y que han sido rescatados de una obra puesta en mis manos por primera vez cuando aun no conocía ni imaginaba siquiera vivir aquí, por un moqueguano del cual guardo un cálido recuerdo, don José Caro Cosio, cariñosamente “Don Pepito”, ahora en el infinito.

Corría el año 1984 cuando me encontraba como Consultor Técnico para la UNESCO en el Convento San Francisco de Lima. Don José, llevado por Luis Watanabe Matsukura, Arqueólogo, entonces Co director del Programa de Investigaciones Contisuyo, me visitaba con frecuencia en el departamento de mi estancia en Lima, en Pachitea, en pleno corazón de la capital para tomarnos un café con ese jamón serrano venido desde el materno fundo Q'Anigorcco allá, en Santiago de Chuco, y para que yo “conozca su tierra, sus bondades y su sol” a través de sus memorables conversaciones.

El fue además responsable de mi viaje a Moquegua en amigable contubernio con el doctor Augusto Tamayo Vargas, amigo suyo, por esos años Director General del Instituto Nacional de Cultura, el mismo Luis Watanabe con quien arrastraba una vieja amistad desde mi estadía de ocho años en el Cusco, cuando el era residente de los trabajos de restauración y Puesta en Valor del mágico Machu Picchu y yo andaba en labor paralela por Andahuaylillas, la Capilla Sixtina de América. Y por si fuera poco sumaron a Ismael Pinto Vargas. Lo conocí tal cual lo describiera 24 años antes Luis Alberto Sánchez: “con mas apariencia de colegial que de universitario y un fervor contagioso e imperativo”, cuando era Jefe de Relaciones Publicas y Publicaciones del Banco Continental.

La obra que en aquella oportunidad me obsequió don José me encantó, y aun me encanta releer, ha servido de base y sustento para darle nombre a este primer ensayo literario; el libro en ciernes es la “**Pequeña Antología de Moquegua**”, amarillenta edición de 1960 con prologo de Luis Alberto Sánchez, y autoría de Ismael “Lito” Pinto, mi maestro y amigo.



La conquista Inca de Moquegua tuvo en Mayta Qhapaq a su líder indiscutible y el centro de operaciones de esta conquista fue evidentemente Cerro Baúl, el APU de los Cuchunas cuya filiación pre hispánica, de origen Wari, es también una hipótesis comprobada hoy por las investigaciones y las evidencias arqueológicas.

Parte de la narrativa del primer cuento tiene como origen los Comentarios Reales de Garcilaso, Bernabé Cobo, Juan Santa Cruz de Pachacuti, Huamán Poma de Ayala y las anotaciones de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que han sido rescatadas por Luis Kuon Cabello (Retazos de la Historia de Moquegua, pag. 31 a 35) e Ismael Pinto (Pequeña Antología de Moquegua, pag. 9 a 14).

El protagonista de **Venganza Cuchuna** nos muestra a un hombre atormentado por los celos ante la infidelidad de su amada cuyo nombre aymara es NAYRAWARA: **ojos de estrella** en la traducción, quien atraída por el conquistador Inca YAWAR: **sangre** en español, uno de los generales enviados por Mayta Qhapaq olvida a su primer amor, el amor lugareño. El en su desesperación, acude al **APU** Baúl en busca de ayuda y consejo. Después del ritual y como parte de su imaginario compromiso, de retorno a Moquegua, se detiene en Chen Chen, elige una cadena de cerros pequeños, otros de mediana altura que preludiaron entonces el viaje que había de seguir en el camino que conducía del altiplano al mar, es decir a Ilo. En sus faldas diseña y trabaja los geoglifos cuya lectura nos revela el ritual y la forma seguida para la caza de los auquénidos en la actividad ceremonial que llamaban el Chakuy y que hoy, a pesar de las continuas invasiones producidas en la zona, a pesar de la siempre inevitable negligencia humana, se conservan aún en ese importante sitio arqueológico cuyo potencial

turístico viene promoviendo, entre otras entidades, la Asociación de Guías de Turismo de Moquegua - **AGTUMO**.

La ceremonia del “**pago**” es un ritual que persiste en pleno siglo veintiuno. Esa añeja tradición andina felizmente no ha sido erradicada en una clara muestra de continuidad cultural viva y latente, a pesar de los esfuerzos de algunas autoridades que erróneamente intentan impedirla sustentados en una equivocada concepción del desarrollo que, muy a pesar nuestro, se encuentra en distintos lugares de nuestro país. La conservación de las evidencias históricas existentes en la cima es un tema que merece comentario y análisis distinto.

Debo precisar, con el único afán de evitar suspicacias, que las tablas de rapé o los inhaladores de hueso, caña o metal, mencionados en el cuento, así como la parafernalia que involucraba ese momento, han sido encontrados en las diferentes excavaciones arqueológicas realizadas en Moquegua tanto por investigadores del Programa Contisuyo, como por la Dra. Bertha Vargas en Chen Chen, por lo tanto no van más allá del riguroso dato científico acompañado por los sucesos imaginarios de la circunstancia y de los acontecimientos.

La antigua costumbre impuesta por la jerarquía Inca de saludar inclinado, tocando la rodilla derecha de la autoridad en una concesión no permitida a cualquier persona esta registrada también en la Pequeña Antología (Pag. 13) así como en otros documentos históricos.

Por otro lado, **BACTERIAS** recrea la rutina de un trabajador como cualquier otro del asiento minero de Cuajone – **Stone** en el relato - que explota desde los años sesenta la empresa Southern Peru Cooper Corporation, y contiene dos componentes esenciales.

El primero en cuanto a los índices y porcentajes de producción de cobre que han sido tomados de los informes anuales publicados por la misma empresa en un momento determinado, es decir, por los años noventa; algunos nombres son reales, otros son parte de la imaginación, debo reconocerlo.

Y el segundo, la relación de sucesos ficticios que se desarrollan en torno a dos bacterias que realmente son utilizadas desde hace algunos años durante el tratamiento de los óxidos de cobre en las canchas de lixiviación: la *Ferrobacillus Ferrooxidans* y la *Thiobacillus Thiooxidans*. Tal vez hoy en día las cosas hayan cambiado, no lo sé, pero fueron parte de los procesos descritos insisto, en los noventa.

Debo ser honesto en señalar que en este caso retomo con cariño un primer intento planteado por mi hija Pamella bajo el nombre de “**Un día en la Mina**” y que, en su momento, dedicó el trabajo a su madre Elizabeth, mi esposa, y a su hermano menor Joel. Ahora he incorporado algunos elementos y variables que, por razones obvias no estuvieron a su alcance en aquella oportunidad, pero reconozco que la tentación se mantuvo en ansiosa espera durante todo este tiempo, incluyendo la animosidad de la dedicatoria que hoy asumo personalmente.

El tercer y último cuento, el **PAJARITO PEPITO** es un homenaje a mi madre, a mi padre, a mis hermanos y a mi abuela Luzmila, de quienes guardo un cotidiano, fresco, y entrañable recuerdo. Fue ella, Luzmila, quien alumbrada por la tenue luz de un candil o de una lámpara que proyectaba su silueta de mujer alta, blanca, de sonrisa socarrona, de cadera ancha y cabellos de plata sobre las paredes de barro con bordes sinuosos de penumbra plástica elevada hacia el techo de dos aguas, con los pares y nudillos vistos, la pierna de jamón de cerdo recién colgada

de un grueso gancho y pequeñas estrellas rojas revoloteaban reventando al rededor del embrujado fogón de leña en el exacto marco de una nocturna acuarela trabajada por el pincel de algún acucioso artista.

Junto a mis hermanos nos lo contó una y otra vez en las reuniones de tertulia familiar en el fundo materno que acunó mi niñez durante las vacacionales de cada julio, pues mi madre, mi padre o mi abuela rotaban con intermitencias los alferados del aniversario del pueblo. El lugar de reunión: **Q'ANIGORCCO**, allá en Santiago de Chuco.

El mensaje que encierra este bello y antiguo cuento, marcó mi espíritu desde aquellos años cuando niño, se buriló en mi cerebro hasta hacerse carne y hueso en mi memoria y debería ser parte de la conciencia social de hoy en día; cuando los conceptos de la globalización se adoptan como una verdad irrefutable y como parte de una tácita modernidad, pero que van alejándonos de los valores culturales que son nuestros. La personificación de Pepito y su familia, es lugar común en la literatura rural que ofrezco a los lectores de este primer intento, lo reitero, con modestia y con aprecio.

**Omar**

Moquegua, mayo del 2010.

---

## PARA PROLOGAR “VENGANZA CUCHUNA”

---

### CARTA PARA OMAR BENITES

Muy estimado Omar:

Hace diecinueve años prologué con innegable placer **El folklore en Moquegua**. Valioso trabajo de investigación y recuperación de algunas danzas típicas de nuestro pueblo -La palomita, Los pules, Tinca de vacas, Sarauja, Los negritos, Escarbo de acequias, Carnaval de los olivos, etc- . Recuperación doblemente valiosa ya que venía acompañada, en cada caso, de las letras de las canciones y la descripción de trajes y movimientos coreográficos. Trabajo que hoy es un hito insoslayable si queremos saber sobre danzas y canciones nuestras que han pervivido en el tiempo.

Después de aquella feliz incursión has guardado un prolongado silencio. En algún momento me hiciste saber que tenías en ciernes algunos cuentos relacionados con nuestra historia local los que, por obligaciones del diario vivir –todos los que andamos por esos pagos de la investigación y la creación, las hemos confrontado más de una vez -lamentablemente, tenías que ir posponiendo.

Ahora tengo en mis manos tu libro de relatos **Venganza Cuchuna**, trabajo con el que, con pie seguro, incursionas en la narrativa, y quieres

que sea yo, una vez más, el que anuncie la buena nueva y dé la bienvenida, a este nuevo hijo tuyo de la inteligencia y, sobre todo, de ese tu insobornable amor a Moquegua.

Sortilegio extraño es el que ha ejercido Moquegua en tu persona, haciendo que la hayas prohiado, convirtiéndola en tu patria chica – así se decía antes -, y también, ahora, en motivo literario, fundiendo y refundiendo historia, imaginación y realidad. Gesto admirable que como moqueguano reconozco, ya que antes de pensar en qué te puede dar Moquegua - ¡hay tantos que *quieren* a Moquegua tan sólo como un interesado y fenicio medio, que no como un fin generoso y desinteresado -, tú estás imaginando, haciendo, trabajando, en lo que mejor convenga para difundir sus valores, preservar viejas tradiciones, como al mismo tiempo, proyectarla en el futuro.

Pero, estimado Omar, no nos desviemos de tus cuentos. Tres breves relatos amorosamente contruidos, en que, de una u otra manera, aparece Moquegua como espléndido telón de fondo, incluso en aquel que tiene que ver con tus orígenes familiares.

El primero y que da el título del volumen: **Venganza Cuchuna**, es una historia de amor, trágica, que nos remite a los pagos de nuestro ancestral valle, en tiempos que era Hanansaya: valle de Cochuna, a la irrupción de las míticas huestes de Maita Capac, el asedio del apu cerro Baúl, y la oscura tradición de venenos y secretos hechizos, que registran los cronistas, en especial Garcilaso Inca.

No podía dejar de estar presente en esta trilogía un relato, **Bacterias**, sobre lo que constituye la fortaleza económica de nuestro pueblo, su rica y prodiga entraña de cobre, y los hombres que día a día laboran allí,

confrontando tradiciones y leyendas con la moderna tecnología con la que se trabaja una mina de cobre a tajo abierto, y lo que ello implica a veces en el imaginario de quienes allí laboran. Un espacio en que la familia y los problemas hogareños no están ausentes, y en que Omar ha aprovechado el relato para dar didácticamente una simpática lección sobre técnicas de explotación, procesos de lixiviación y otros items mineros.

Finalmente, cierras el volumen con un relato entrañable: **El Pajarito Pepito**. La familia sentada en torno de la abuela, en el silencio propiciatorio de la noche estrellada, escuchando con emoción contenida un relato guardado en la memoria antigua de la *mater familia*. Relato que es un bello apólogo de cómo todos, en algún momento, debemos alejarnos del nido protector. Empezar raudo vuelo por el mundo, en busca de nuestro propio destino.

Estimado Omar, espero que sigas recreado con imaginación y simpatía lo que nos ofrece nuestra rica y fascinante historia local. Hay tanto que hacer, rescatar y sobre todo, crear conciencia de lo que ayer fuimos y de lo que hoy debemos ser. Pero esta carta se alarga demasiado, y solo me resta decirte como simple lector, que tus cuentos me han gustado. Y que espero tengas muchos, muchos lectores.

Con el afecto de siempre recibe un fuerte abrazo de tu amigo

**Ismael Pinto Vargas**  
**Real Academia Peruana de la Lengua.**  
**Miembro de Número**

Miraflores, abril del 2007.

# VENGANZA CUCHUNA



El cansancio de la caminata agarrotaba mis piernas acalambradas por el esfuerzo pero el ardiente sol abrigaba mi pésimo estado de ánimo brindándome la fortaleza necesaria para continuar; bordeaba el río de la aldea, el Moquingoa, la serpiente mágica que nos trae el agua para animar la tierra durante cada verano, siempre con el estío. De pronto, a lo lejos, casi sin darme cuenta, sentí la mirada de aquella Parihuana de cuello quebrado como este camino o como el lecho del río que vigila mi andar de largas horas. Llevo el alma cargada de penas por tantos motivos que olvidé contarlos ocasionando un profundo dolor en mi corazón; es en ese instante que recordé las palabras del Umu de la aldea que no se cansaba de repetirnos, juró que le cantaba a las cosas bellas y a las otras que no lo son tanto, a sus dioses que eran también los míos desde no sé cuando, a las montañas y a la gente, para que las enseñasen a sus hijos y estos a los suyos.

Dijo así aquel Umu Cusa viejo:

***“Cuando la penumbra en tu pensamiento se instale  
o cuando sientas una honda pena;  
al despertar el alba, a la sombra de un pacaie  
o cuando la luna venga llena,  
ve a la montaña, un poco al oriente;  
dile al Apu Baúl de tu sufrimiento y de tu inquina,  
él le dará luz a tus ojos, abrirá tu mente  
y repondrá la paz en tu alma Cuchuna”.***

Lo supo también mi padre allá en la distancia y en el tiempo pero no sé si lo escuché algún día, no logro recordarlo, mas hoy después de lo sucedido arrastro una honda tristeza, un interminable sufrimiento. Es ahora en este caminar que extraño su voz y siento su ausencia de

hombre rudo y de mirada tierna advirtiéndome de los riesgos del amor que nunca quise entender porque en mi torpeza juvenil el amor no podía entrañar peligros ni dolor. ¡Cómo iba a serlo si cuando lo sentí por primera vez junto a ella subí al cielo y toqué las estrellas hasta sentir las en mis dedos...transparentes, limpias, suaves. Era aún joven, lo sé, dije saber también que aprendería con la vida misma, no a través de las experiencias ajenas así estas fueran las de mi propio padre, lo sentía sufrir viendo mis tropiezos pero no entendí o no quise hacerlo ¡Cuan estúpido! ¡Cuánto me arrepiento ahora!

Seguí caminando, el perfil inconfundible de la Pachamama se erguía como un dibujo caprichoso cada vez más grande hasta parecer un gigante; era el Apu Baúl que se acercaba lentamente... paso a paso.

En el meqlla tejido que colgaba de mi costado izquierdo, había lo necesario para el pago en la Qhapana sagrada que era de todos.

¡La hoja de coca debe ser fresca y de la mejor, tengan cuidado cuando paguen, el motivo debe ser importante! Decía el sabio sacerdote.

En mi desesperanza intentaba comprender que pasó, desde cuando y como llegó la invasión de ésta gente extranjera con costumbres extrañas, con dioses que no conocíamos ni quería yo conocer. Pero eso, a ellos poco o nada les importaba.

¿De dónde salieron?

¡Del Cosco! dijo uno de los cuatro caciques de guerra que habían partido del Hatún Colla; de donde brota el oro y la plata. Ahí tenemos un extenso y verde valle que es sagrado porque nos permite el alimento, y

con el alimento la vida, un palacio militar al que dimos por nombre Sacsayhuaman. Del otro lado, en el Coricancha, el templo en donde rendimos culto al sol durante muchos años hemos trabajado con ahínco un hermoso jardín de flores en cuyo interior diseñamos animales y plantas de oro, de plata, de tamaño natural como nunca jamás se ha visto en lugar alguno a lo largo y ancho del imperio que es de donde venimos.

Su gran jefe era llamado Mayta Qhapaq Inca, marido de Mama Tancaray, cuarto hijo de otro rey, Lloque Yupanqui según lo contaron en cada calle, en cada rincón; mozo atrevido, fuerte y autoritario pero grande y noble de corazón. El nos enviaba un mensaje que a nadie interesaba escuchar. Nos enseñarían secretos no tan secretos para el cultivo de la tierra. Como producir más en menos espacio de la pachamama; sus arquitectos y alarifes formarían las nuevas generaciones de constructores de ésta nación en donde el sol se mostraba solidario con cada amanecer, aun de mejor manera que en su Qosqo que decían tanto querer obligándolos a repetir con sorpresa y con frecuencia que aquí la faena podía medirse en verdad de sol a sol; según dijeron, nos enseñarían con una tecnología que era incomparable a lo largo y ancho de su gran imperio. A cambio, el tal Mayta Q'hapaq solo pedía obediencia ante sus órdenes y respeto para con sus dioses que serían los nuestros a partir de su maldita llegada.

¡Qué osadía!

¡Cuánto atrevimiento!

Como si no tuviéramos ya caciques a quienes obedecer, ni dioses a quienes adorar, los nuestros dejarían de serlo porque tendríamos los suyos, cómo le pediría a mis apus que acaben con este dolor si ya no

creería en ellos, tal vez por no luchar me impusieron esta honda pena que hoy anida en mi corazón. La culpa es de ese tal Yawar, ¡ese maldito Yawar! que había puesto los ojos en mi pequeña Nayrawara, la hembra aymara ojos de estrella que ocupa mis ilusiones. Va tras ella con el día y con la noche sin darle respiro, hablándole al oído, terco, insistente, buscando ser escuchado en sus desatinos de supuestos triunfos y conquistas de otros lares y de otras gentes. Y yo no podía hacer nada para evitarlo porque la muerte brillaba en sus pupilas.

La última tarde que la vi quise acercarme para decirle que mi corazón sangra al no mirarme más en sus ojos pero no fue posible, detrás, a pocos pasos, pegado a ella iba el maldito Yawar con su arma en la mano. El me miró con furia, ella lo hizo suplicante. Tal vez fue mi imaginación febril pero me pareció ver una gota de rocío en sus ojos, como aquella vez primera en que juró ser mía por siempre, cuando me pidió que tuviese cuidado... que fuera despacio.

Temprano, por la mañana, aun aturdido, me dirigí al taller de los alfareros y al moldear el leño como me enseñara el padre de mi padre para darle forma al Q'ero que debería estar listo para el día de mi decisión final, una vez más me sentí Cuchuna, mi corazón palpitaba fuerte, como queriendo salirse de mi pecho. Llevaba puesta la camisa de lana de alpaca que mi madre había hilado con sus propias manos y me obsequió durante la cacharpaya pasada. El nudo de la faja que llevaba en la cintura apretaba tanto que casi no podía respirar pero no hice nada para evitarlo, deseaba sentir el dolor que me mantenía vivo y quería vivir para mi venganza. Pregunté nuevamente al más antiguo Camayoc sobre la verdad del misterio que ahogaba mi espíritu acostumbrado a las libertades de estas tierras; entonces creo que recién lo supe. Mayta Q'hapaq había reducido el Hatún Pacasa y Caquiavire, como el viento corrió la noticia de lo

clemente que era el Inca con los vencidos, dijeron que sin muchas batallas se le sometían grandes provincias, ricas en ganado y de bravos hombres que llamaban Cauquicura, Mallama, Huarina y además los camanchacos pegados a un inmenso mar azul que querían conocer. Sus caciques recibieron orden de atravesar la cordillera nevada hacia el poniente y luego de treinta leguas por tierras despobladas, debían venir aquí, en busca de ese mar dijeron, pero antes conquistarían el Ayllu, mi Ayllu de nombre Cuchuna en donde vivía con mi familia, con mi gente que conocí desde niño, y con Nayrawuara, la dueña de mi sentir y de mis pensamientos, hasta que llegaron ellos y con ellos, el tal Yawar.

Por más de cincuenta días cercaron el Apu Baúl en donde hicimos resistencia los hombres, las mujeres y los hijos de los hijos. En sus faldas construimos con ahínco percas de piedra una tras otra hasta completar cuatro para impedir que suban, para evitar el sometimiento al intruso. Nos ofrecían paz y amistad que no buscábamos. El hambre que laceraba la boca del estómago lo soportamos con buen ánimo y con decisión desesperada pues no podíamos bajar al llano a recoger agua ni alimento alguno, los cuatro generales mandados por Mayta Q'hapaq y sus guerreros tenían cubiertas las salidas, los días y las noches corrían sin encontrar solución alguna, pero los niños y los muchachos que no podían sufrirlo se iban al campo en busca de yerbas y muchos se acercaron incluso al enemigo consintiendo sus padres en ello con tristeza pero con resignación para no verlos morir de hambre. Su amor podía más que su rencor.

Abajo, los guerreros enemigos los acogían con afabilidad, les dieron de comer y algo para que trajeran a sus padres con un mensaje: el Inca melancólico no conquistaba tierras para tiranizarlas sino para hacer el bien a sus moradores como se lo mandaba su padre el sol y su señor.

También dieron dádivas y vestidos para los principales lo cual indujo a su rendición a pesar de mi protesta. ¡No lo podía creer! se rendirían....olvidaban su promesa de morir antes de perder lo que era nuestro, en la defensa de nuestra gente y de nuestro suelo.

¿Cómo es posible tanta cobardía?, nuestros antepasados, los Wari sentirán vergüenza cuando sepan que entregamos todo lo que ellos construyeron tan fácilmente, solo porque nos faltó valor, solo porque tuvimos hambre y sed!

¡Me opongo a que entreguemos el Apu Baúl, con él perderemos también Omo y el gran palacio que construimos junto a nuestros hermanos los Tihuanaku, que nos llevó tanto tiempo, tanto sacrificio, tendrán el Yaral, Huaracane, las tierras, sus frutos, las colcas, los reservorios de agua, los extensos cultivos que sembramos en los andenes de Ccamata, de Torata, de los Sameguas, y las cuyerías que construimos en Estuquiña. Perderemos todo eso sin ofrendar la vida? ¿Acaso no era mejor la muerte?

¡Tantos años de trabajo y de conquistas terminaban sólo en cincuenta días?

¡No tienes voz porque no tienes hijos, tú no sufres por los nuestros!  
¡Además tu corazón herido habla por ti y eso te descalifica, Nayrawara ha nublado tus sentidos y tu entendimiento pero ese no es problema nuestro, aquí y ahora debemos resolver un problema que es de todos, estamos intentando decidir que hacer con nuestros keros de ofrenda, como dejar nuestras casas, la primera opción presentada es destruir lo que se pueda y la segunda, prenderle fuego a todo incluyendo la tuya,

acaso no te das cuenta? Estamos rodeados, no tenemos agua ni alimento para nuestros hijos, sería mejor que calles y ayudes!

Eso me dijeron los mayores reunidos a un extremo de las viviendas construidas en la cabecera del Apu sin importarles mi dolor. La rendición fue adoptada en contra de mi opinión y a pesar de mis reclamos desesperados pues sabía que junto a esa concesión perdería también a la luz de mi existencia, mi Nayrawara de aquellas mañanas de esplendido sol cuando la acompañaba a recoger el agua de aquel ojo que nos regalaba la madre tierra desde hace miles de años.

Al poco tiempo de su conquista el tal Yawar y los caciques cusqueños pidieron al Inca les envíe gente para poblar el valle Cuchuna, cuyas tierras eran fértiles y capaces de tener más población de la que albergaba. Llegaron por eso grupos de familias con sus mujeres e hijos, no hubieron prisioneros de guerra ni maltratos y todo parecía que iba bien hasta que mi prenda fue prendada por el guerrero que debía morir.



Mordí un trozo de humita dulce que había preparado al rescoldo del fogón la noche anterior. Su sabor a maíz tierno me devolvió la fe y me dio ánimo para seguir subiendo, de regreso al Apu confidente de mi tristeza.

El sorbo de chicha con el fermento de la jora familiar que sólo mi madre sabía preparar de esa manera renovó mis esperanzas y fortaleció paso a paso el último tramo antes de la cima. Me pegué a la montaña y avancé con cuidado, doblé en el recodo que ponía a prueba mi decisión, evité mirar el borde del abismo pero sentí el peso de la enorme piedra sobre mi cabeza en esta parte del camino. Tomé el desvío hacia la derecha y me encontré con la boca de la roca madre, abierta para rendirle culto, para el rito que le debíamos todos y cada uno de los habitantes de estos pagos, abajo vi las pequeñas aldeas de Tumilaca, Yacango y de los Capangos aquí supe que no podía ya retroceder, era indispensable terminar con este sufrimiento, era vital terminar lo que había empezado.

Saqué la tabla de rapé, el inhalador de hueso construido con mis propias manos y tallado con pequeños círculos y figuras geométricas como me enseñaron mis abuelos Tihuanakus. Mientras masticaba las hojas de coca hasta obtener la bola de pasta justa para quitarme el cansancio, coloqué a un costado mis hojotas hechas con cuero de lobo marino, el Q'ero de chicha, el cuenco que cambié en trueque con aquel comerciante Chiribaya que venía del lado del mar; el meqlla con las hojas de coca escogidas especialmente para el rito, y por último el muñeco de trapo



que tenía nombre propio y que trabajé a escondidas durante dos noches; junto a él, siete espinas de cactus... siete yaros.

La iru seca prendió casi al instante al frotar el pedernal, bebí un cuenco rayado de chicha, arrojé un puñado de hojas de coca para que el viento sagrado del Apu me dijera qué y cómo hacer para liberar el corazón de mi amada, prisionero por aquel guerrero intruso que apareció de la nada. Recogí las tres mejores hojas que aparecían montadas una sobre otra, aquellas que quedaron las tiré al fuego para avivar la llama que me permitiría leer mejor el consejo que vine a buscar.

Con las dos manos juntas levanté al cielo siempre azul la ofrenda, tres hojas de coca, unidas en la parte inferior y abiertas en sus extremos, temblaba por la emoción y por el rencor que comía de mi pecho, respiraba con dificultad pero pedí lo que vine a pedir y grité... grité al Apu brujo el motivo de mi desesperanza:

**¡¡Devuélveme la vida,  
aleja y castiga al Intruso que jugó con mi iluso amor;  
permite que Nayrawara acompañe mi conversa nocturna,  
deja que fertilice su vientre con la semilla Cuchuna  
de mis recuerdos ancestrales.  
Que a la luz del alba una vez más sea mía,  
regálame como ayer su perfume a diamela en botón  
y hazme feliz en el fondo de sus ojos;  
te lo pido en el nombre de mi apuski kusa,  
ayúdame a terminar con él  
y enriquece mis sentidos!!**

En seguida, despacio, con esa calma que nos brinda la furia contenida sustentada en la esperanza, hundí los siete yaros en el muñeco de trapo que tenía el mismo nombre del guerrero intruso.

En los ojos para que no vea más la mirada dulce de mi amada, en los brazos para que no la aprisione nuevamente cuando estén a solas, en la boca para que no sienta el sabor de sus besos, en la cabeza para que no la piense mas después de muerto.

Y por último el corazón, ese corazón maldito que tal vez latió fuerte disfrutando junto al suyo... dejé sus extremidades inferiores libres, no las toqué para que tenga con que arrastrar su humanidad Inca en la oscuridad de la muerte. Únicamente para que sufra como sufro yo.

Cuanto tiempo pasó no lo sé. El inhalador de hueso tembló nuevamente en mis manos, otro cuenco rayado de chicha refrescó mi garganta seca por el esfuerzo; el fuego se había consumido y cuando recobré el sentido me encontré sólo, muy sólo en la boca abierta de la montaña mágica que había dado respuesta a mis inquietudes. Entonces, en vez de la onda pena que acompañaba mi súplica, se instaló en mi alma la más fría decisión para darle fin a este dolor profundo.

¡Por fin supe lo que tenía que hacer!

¡El Apu me había respondido!

Bajé, acompañado por una renovada obsesión. Camino a casa, de regreso, tomé el desvío al pago de Chen Chen, me ubiqué en la ladera del pequeño cerro que mira hacia donde sale el sol y trabajé con ahínco la figura de las llamas y alpacas que cazamos en el chaku de la reciente faena. Con calma retiré de mi memoria los recuerdos, sin apuro diseñé cada forma, limpié el interior de las figuras con mis propias manos sin

sentir siquiera las heridas que fueron abiertas por el filo de las pequeñas piedras erizadas por el intenso calor del día y el contraste de las frías noches. La sangre de mis manos, la sal de mi sudor y de mis lágrimas que brotaban solas en homenaje a mi Nayrawara fijaron cada K'uchu del suelo trabajado. Tres lunas habían florecido cuando miré mi obra concluida. El reflejo dorado de este nuevo atardecer reveló mi primera sonrisa después de tantos soles que no termino de contar.

Mi promesa al Apu Baúl había sido cumplida. Entonces bajé al llano, busqué entre los matorrales, tomé un puñado de aquella hierba oscura que en el desvarío de mis confesiones vi con nitidez, llené lo más que pude el meqlla que colgaba de mi costado y apuré el paso. Una vez instalado trituré las hojas y el tallo en el mortero de piedra hasta obtener el denso jugo que necesitaba para mi propósito. Retirando la pasta vegetal poco a poco, agregué licor de moras para aromatizar el sabor; cada cierto tiempo depositaba el líquido en aquel kero de madera coronado por el personaje con incrustaciones de turquesa y su gorro de cuatro puntas que guardaba con celo en espera de esta ocasión, el mismo que había trabajado en el taller de los alfareros.

Siempre supe que serviría para una ceremonia especial y había llegado el momento. Esa misma noche busqué a Nayrawara; ella recelosa respondió a mi insistente llamado sin abrir del todo la puerta; la mire con profunda nostalgia. Nostalgia de sus tiernos besos, de sus ojos dulces como la miel, de su cuerpo desnudo, terso y tibio junto al mío. La miré, con vergüenza rehuyó mi mirada sin pensar en el dolor que me causaba, con pesar me sobrepuse, tomé valor, respiré profundo y le pedí que hiciera llegar mi mensaje al tal Yawar:

¡Quiero paz con él, lo convido a beber el licor de moras que preparo yo

mismo y que tú conoces bien, llevaré mi tabla de rapé, los inhaladores y dos meqllas del polvo mágico que alguna vez disfruté contigo. Al ocultarse el sol estaré en Estuquiña, comeremos cuy frito, solo quiero pedirle que te piense como yo te pienso, que te haga feliz como yo no pude.

¡Dile que lo espero!

Llegó puntual, en un principio se mostró desconfiado pero a la vez desafiante; mordí mi rencor y lo saludé con la paz en la rodilla derecha, ritual de grande valor para los Incas y según dijeron de suma estimación para los vasallos, porque no era lícito tocarlos a menos que fuesen de sangre real.

La tabla de rapé circuló tantas veces como pudimos hasta terminar el polvo mágico. Habló en la penumbra de su río sagrado al que llamaban Hatun Mayu, de un lugar hermoso y rico en productos agrícolas de nombre Pisac comparable según dijo con nuestro Q'amata por la cantidad de sus andenes de cultivo; habló de Sayri Tupaq, un Palacio construido en Calca, todo en barro, con pinturas hechas en las hornacinas para colocar sus ídolos en ofrenda al hijo de Wayna Qhapaq Inca; de un joven cerro y de un cerro viejo, Huayna Picchu y Machu Picchu, sin comparación a lo largo y ancho del imperio según dijo.

Escuché con calma controlada mientras inhalaba el polvo mágico de aquella tabla de rape que sabía de mis intenciones, escuché con un calor intenso en el corazón, con el silencio que presagia la muerte.....

¡Añay, sabroso cuy!

Lo escuché como perdido en la distancia. Me levanté aturdido por tantos sentimientos encontrados, había llegado el momento y traje los dos Q'eros de leño con el brindis de la paz y de la amistad que había preparado cuidadosamente; uno coronado con un lagarto de incrustaciones turquesa cuya cabeza sobresalía al borde para mi, el otro con el cacique que lleva el gorro de cuatro puntas y el brebaje de mis sueños para él.

¡Salud!

Bebimos al mismo tiempo hasta terminar el líquido que me devolvería la esperanza.

Debo regresar, el camino es largo, me dijo. ¡Pacjarin cama!

Lo vi perderse con la noche. No le respondí, no podía, tenía un nudo en la garganta.

No pegué los ojos durante toda la noche para no perder de vista el brillo de tantas waras en el firmamento como esperanzas alumbraban mi alma vacía de amor. Por un instante, allá arriba vi su rostro bruno, tierno, sonriente; escuché su voz pronunciando mi nombre cual si fuese ayer cuando era mía, y en su piel húmeda aprendía a ver un mundo distinto, tanto, que no me importaba invocar una alianza con la muerte.



Temprano por la mañana lo encontraron muerto. Pero juro por todos los dioses que no puedo entender ni comprenderé nunca jamás cómo es que ella había llegado a su lado, mi prenda querida, la mirada perdida en el infinito.

¡No pudo vivir sin él, se mató! dijeron muchos y ninguno.

¡Tomó del mismo veneno blando que al parecer acabó con el guerrero Inca y partieron juntos!

Lloré con el sol y lloré con la luna, sufrí como no sufrió nadie jamás en la mauk'akausay, en la tierra de mis padres Tihuanaku, ni mis parientes Wari que vinieron del otro lado de las montañas. Ni los Gentilar, ni los Chiribaya junto al mar.

El Inca Mayta Qhapac mandó quemar mi casa y la de ella sembrando cascajo de piedra para que quedaran desiertas por siempre, mandó arrancar los árboles que habíamos plantado alguna vez juntos, cuando todo era felicidad. Quemaron su cuerpo para borrar de la memoria Cuchuna su nombre que jamás olvidaré.

Y para mal de mis males, a pesar de que tomé el veneno blando una y otra vez yo estoy aún aquí, feísimo albarazado, ahoverado de prieto y blanco, con la oscuridad eterna en mis ojos, inhabilitado en mis sentidos y de mis brazos, atontado de mi juicio, con un sólo recuerdo que come de

mi alma, arrastrando mi miseria por las callejas de los Sameguas, de los Capangos y de los Yacangos.

Y el muñeco de mi ritual?

No sé, no lo pude encontrar jamás, busqué en Estuquiña, busqué en toda la orilla del Moquingoa, de ida y vuelta. Tal vez quitándole los yaros o clavándolos como debí hacerlo la primera vez, terminaría con esta lamentable existencia.

En tanto un grupo de niños, alborotados y a gritos, me alejan de sus casas de mojinetes lanzándome piedras al borde de la serpiente de agua. Y yo, con cada luna, con cada sol, intento con desesperación una y otra vez sin lograrlo, arrastrarme a la cima del Apu Baúl para pedirle que de fin a esta infinita locura.





# BACTERIAS

La alarma del pequeño reloj de mesa me despertó como cada día desde hace diez años. Era una madrugada fría como muchas pero no tanto como las del invierno, calcé las pantuflas ubicadas al pie de la cama y aun aturdido por el sueño crucé la habitación un poco a tientas, encendí solo la luz del baño para no molestar a mi esposa, busqué lo necesario: toalla, jaboncillo, champú, cepillo y pasta de dientes. El agua apenas tibia de la ducha terminó por despejarme, poco a poco fui tomando conciencia y es entonces que escuché a Elizabeth, ella se encontraba ya en la cocina preparando la merienda que llevaría a la mina.

El overol recién planchado olía a limpio, subí el cierre rápidamente, me puse la casaca de cuero, metí la mano al bolsillo automáticamente y sentí las llaves de mi armario; al apuro cogí el maletín de herramientas, descolgué el casco del perchero y me alisté a salir. Elizabeth, presurosa me alcanzó una taza de café caliente, cargado, resacado y aromático, aquel que nos hacía llegar Jorge, el cusqueño.

*¡Esta tarde debemos llevar nuevamente a Melany al médico, hasta ahora no le baja la fiebre y me tiene muy preocupada. Por la mañana a las once tengo reunión con Vicky Armas para seleccionar los trabajos que vamos a exponer con motivo del aniversario de la ciudad. No olvides que ya es noviembre! dijo atropelladamente mi mujer.*

Dejé la taza vacía sobre la mesa mientras ella, tibia y cariñosa me arreglaba el cuello del overol casi metida en el, con un beso cálido me despidió, *¡Cuídate, te queremos mucho!*

Solo unas palabras eran suficientes para sentir su cariño y su sinceridad, para saber que esperaría ansiosa mi retorno al entrar la noche. La conocí casualmente, aun no había cumplido la mayoría de edad cuando llegó a

mi barrio. Estudiaba la secundaria en el internado del colegio Nuestra Señora del Rosario de Chaclacayo en Lima, su familia se había mudado mucho antes pero no nos dimos cuenta hasta que ella apareció, dulce, tierna. Aquella noche llevaba polo y short blancos, zapatillas del mismo color, era el verano; el pelo recogido en un pequeño moño amarrado en lo alto de su cabeza que me permitieron ver inevitablemente sus grandes ojos, me parecieron inmensos y desde ese momento alumbraron la calle que conocía desde niño pero nunca con tanta luz concentrada en un solo objetivo: Elizabeth.

A partir de ese momento mi vida cambió, los amigos del barrio dejaron de ser lo más importante, la guitarra que nos acompañaba los viernes y sábados por la noche cambió de manos, se alejaron los Beatles, Carlos Santana, los Iracundos, los Doltons. La Azucena Cantarina que había ganado el último concurso del Festival de Trujillo pasó a ser parte del resto de experiencias que agitaron mi adolescencia con furor. Incluso el grupo musical de los amigos del barrio: Katarsis, renovó a uno de sus integrantes y no me había enterado, el “gordo” Alayo se iría a estudiar a la UNI en Lima y mi hermano Kike tuvo que llevarme a la despedida roseada con varias botellas de Ron Cartavio, con lágrimas y largas promesas de conservar por siempre nuestra vieja no tan vieja amistad.

Mis salidas al barrio “Santana” que empecé a frecuentar por la academia de preparación para la Universidad y por algunos compañeros de clase que me condujeron sin mucho esfuerzo al mundo del “moño rojo” por su calidad indiscutible, me dejaron el sabor de experiencias vividas. A partir de esa primera vez que la vi las cosas y mis urgencias cambiaron de orden con prisa y sin pausa, no se si fue amor a primera vista, tampoco me interesaba saberlo, lo único que entiendo es que mi realidad se

mezcló con mi imaginación y a partir de ese momento nunca logré superar esa confusión.

Mi madre me miraba con una sonrisa cómplice y asentía con la cabeza, su hijo, el quinto de los ocho, se había enamorado. Por eso, hoy estoy aquí, por la mañana, a punto de salir al trabajo, en el otro extremo de este país sin memoria.

*¡Recibí carta de Puno, mi madre necesita dinero para salvar la cosecha de papa y debo remitírselo a más tardar mañana por la noche en el carro de las nueve, que bueno que pagan hoy!* Dijo Carlos mientras se frotaba las manos en el paradero.

Eran las cinco y veinte de la mañana cuando el bus apareció.

*¿Escucharon lo del accidente de Juan? sucedió anoche en el turno C, le salvaron la vida de milagro, estuvo a punto de perder el brazo pero la cirugía reconstructiva del Dr. Guerola lo impidió. Han pedido sangre tipo RH Negativo para una transfusión urgente y el que pueda o quiera ayudar debe presentarse en el hospital a las diez. Hay permiso de la empresa, sólo debemos inscribirnos con Willy Manrique en Relaciones Públicas.*

Mientras hablaba evidentemente nervioso, Manuel se acomodó a nuestro lado, en el lugar de costumbre, traía el casco en la mano y se veía preocupado.

Nos sentamos los tres al fondo, como de costumbre. Todos comentaban el accidente de Juan. Por un descuido cayó del Waco, la nueva e inmensa pala que había adquirido la empresa para el traslado del material.

*¡Dicen que fue el Muki !* Soltó alguien a manera de murmullo, a media voz, pero sonó como el estallido de un cartucho de dinamita en el oído de los pasajeros.



Cada dinamitazo se programa, el lugar, la profundidad, la secuencia, la hora...! ya viene, la reventazón ya viene ! ... es inevitable, es bueno, ayuda ¡debe venir! Lo sabemos

pero el corazón late con fuerza y un escalofrío recorre el cuerpo cuando truena. Igualito lo del Muki, allí está, vive junto a nosotros, pasea, trabaja codo a codo, él en lo suyo y nosotros en lo nuestro guardando un mutuo y antiguo respeto.

*¡Cuando quiere es buena gente pero hay que tener cuidado, sobre todo en ésta época!* decía el accidentado Juan justo ayer sin presagiar su propio drama.

Más de uno le increpó, *¡Limeño cojudo, aquí no hay nada de eso, el Muki es de otra mina y no tiene nada que ver con nosotros. Stone es otra cosa, Tajo abierto ¿acaso no lo sabes carajo?*

El resto del viaje se hizo pesado. En silencio vimos pasar los viejos mojinetes que desfilaban “con sus brazos de lumas, vestidos de caña y tortas de barro; unidos reclamando al cielo, testigos del tiempo y la historia” en el decir del poeta. Sentimos como cada mañana la presencia protectora de Cerro Baúl, el impresionante testigo de la fe lugareña al Apu sagrado, sede de la ocupación Wari hace cientos de años y sustento de la leyenda del “toro y la cadena de oro”; dejamos atrás Yacango y Torata, la Villa hermosa en cuyas entrañas se encontraba ubicada la mina Stone, nuestro destino cotidiano.

Estamos retrasados por tu culpa dijo alguien a Roberto ya en la garita de control. Tenía quince años como chofer del bus que trasladaba al personal. No vi quien pero del otro lado, entre el grupo de trabajadores que se unía a nosotros saludaron:

*¡Hola dormilones, parecen Mukiwanos!*

La risotada fue general, sabíamos que era broma, demostración del buen ánimo que traía el personal y es mejor iniciar así la jornada.

Por un momento pensé en las conversaciones sostenidas durante las asambleas laborales, que con el tiempo me ayudaron a definir un concepto básico en mi vida: jornalear es simple, lo hace cualquiera en cualquier lugar, pero trabajar con un propósito definido, con una meta específica y consciente, significa cumplir con nosotros mismos. El stonero se identifica con lo suyo y el reto era mantener o superar las 145,500 toneladas de cobre y los 4.3 millones de libras de molibdeno que según el Sr. Gatrie, gerente de producción, habíamos logrado hace dos años. En esa oportunidad le ganamos a los Toquepaleños, fuimos superiores en 17,400 toneladas de cobre y 0.6 millones de libras de molibdeno, pero aún así bajamos el 7% en comparación con otros buenos momentos.

¡Que fastidio! A veces es mejor no meterse con los números, que si el mineral fue de muy baja ley la productividad entra en discusión; que es necesario recuperar el desnivel producido, que se incorporan nuevos equipos para mejorar la eficiencia; que tenemos la segunda pala más grande del país; que venceremos lo invencible, que si esto, o lo otro... Todos asumimos el desafío con una muda pero compartida promesa

interior y aquí estamos, listos para empezar la mañana del dos de noviembre.

El ruido de las máquinas fue aislándonos y sentí menos frío, Carlos y Manuel me miraron, decir palabra era innecesario por no decir inútil; con el dedo pulgar levantado a manera de despedida nos deseamos suerte. Abrí mi armario, con cuidado me puse la mascarilla y los guantes, aseguré el casco, miré mi reloj, faltaban dos minutos para las siete de la mañana.

Ya instalado, en la tranquilidad del preámbulo laboral la imagen de Elizabeth se hizo casi palpable y a pesar del frío reinante su preocupación me produjo un ardor caliente en el rostro.

*¡Tiene fiebre!* me había dicho en repetidas ocasiones pero mis pensamientos tenían otro rumbo.

*¡Tu hermano Eddy llamó hoy para preguntar por Danielita y encargó comunicarte que hay un espacio para ti en Bayobar, le han encargado la limpieza de las tuberías de extracción de petróleo por el método catódico y necesitan personal capacitado ¿ Porqué no nos vamos ?*

¡Irse!, como si fuera tan simple, teníamos un compromiso asumido por el grupo de producción para este año y los niveles se levantan lentamente, nada es tan sencillo ni tan rápido.

*¡Hey, gracias por el relevo, todo está Okay, que tengas un buen día!* gritó Jorge el cusqueño a manera de saludo y despedida volviéndome a la realidad, terminaba el turno C de la noche y ahora regresaba a casa.



Era cambio de turno, me tocaba relevarlo y a partir de ese momento no debía distraerme. Los tableros de control están allí; silenciosos, incansables como siempre, compañeros inseparables de las horas, fieles a las indicaciones y prontos al llamado que se les hiciera.

Observé el sistema. Necesitaba la información preliminar que relacionara mi entorno con el procedimiento técnico estrictamente productivo; la temperatura interior de cabina es de cinco grados, la humedad relativa estable, los stockpiles conservan un poco menos de media pulgada, el chancado primario y secundario es regular, el material acumulado y curado mantenía el porcentaje suficiente de reactivo aglomerante y el ácido sulfúrico concentrado conserva el nivel justo para hacer más eficiente el proceso de lixiviación posterior del cobre. Hasta aquí los parámetros eran normales.

Pasé al anexo de control bacterial que por indicaciones de la jefatura de producción industrial y de supervisión interna, requería atención especial y directa por separado, revisé los tableros uno por uno, la deglución era estándar, en fin, todo parecía en orden.....

¿Control Bacterial? ¿Todo en orden?

De pronto se me agolparon las ideas y los recuerdos inmediatos ¿Acaso no es una bacteria lo que origina el cólera, la tuberculosis, el tétano y la sífilis?

*¡Dios mío! ¿Es esto posible? ¿Qué cosa estoy haciendo aquí?*

Coch no había dicho acaso que su constitución unicelular es independiente y mortal, que su reproducción es veloz, muy fácil y que

además son resistentes al clima seco, y al frío pero también a las altas temperaturas?

*¿Y esas, de las que mi abuelo hablaba tanto en su bodega de Yaravico?*

*¡Como ayudan! decía; el vino fermenta mejor, la calidad es mejorada gracias a ellas pero debemos tener cuidado pues cualquier exceso o descontrol es peligroso, lo pica y luego no sirve para nada, puede estropear toda la producción y nos manda al infierno en un santiamén!*

La voz de mi hija pareció real, golpeó en mi memoria con rudeza, sin piedad.

*¡Papi, tengo fiebre y me duele la cabeza! Me lo dijo una y otra vez pero no la tomé en cuenta, me lo repitió Elizabeth, el médico no sabía que hacer y no lo entendí hasta ahora, ¡que estúpido!*

De pronto, un sabor metálico, a partículas de hierro, a óxido sofocante, se instaló en mi garganta, hice un esfuerzo inútil intentando tragar saliva, traté de disipar mi confusión, pero no pude, fue imposible.

Salí corriendo desesperadamente, aterrorizado por lo que acababa de descubrir tropecé con la escalinata de metal y el ruido fue espantoso, no podía hablar, algo me lo impedía, quise gritar y no salió sonido alguno a pesar de mi miedo; alguien intentó detenerme, no vi quien era pero con el hombro le di un golpe seco en el pecho; cayó de espaldas.

*¡Espera, no corras, que te pasa! ¿Acaso te volviste loco?*

Carlos y Manuel forcejeaban conmigo logrando inmovilizar mis brazos, no sabía ni me interesó saber de donde salieron, lo único que necesitaba era huir de ese lugar; entonces tomé impulso y con el casco puesto di en el rostro de Manuel. La sangre lo bañó al instante pero aún así me abrazó fuerte. La sentí caliente, densa.....

*¡Calma amigo, calma!*

Me dijo despacio, casi al oído, como si sufriera conmigo, como si supiera el origen de mi locura.

De pronto el puño de Carlos se estrelló en mi mentón, fuerte como una piedra, caí de rodillas por el impacto y Manuel cayó conmigo sin soltarme ni un instante; lo miré, forcejeando con angustia intenté golpear nuevamente con la cabeza una y otra vez

*¡Perdona compadre, me obligas a hacerlo!*

Carlos me habló con lágrimas en los ojos y su puño bajó nuevamente, rápido, preciso; había sido boxeador en sus tiempos juveniles.

Una luz intensa, abierta, muy grande abarcó todos mis sentidos y se prendió en el fondo de mi cerebro; tenía el calor y el color del cobre líquido... para blister.....

Desperté en la sala de conferencias, había varias personas que me miraban con atención y con un exagerado interés. Una enfermera me colocó un paño húmedo a la altura de la frente, olía a éter, estaba a mi lado con una bandeja metálica que contenía una jeringa hipodérmica, lista para inyectar.

*¿Quiere un calmante? Preguntó con voz agresiva.*

*¡No! Está bien así pero necesito una explicación.*

*¡Lo que pasa es que evidentemente usted no comprendió, se lo vamos a repetir una vez más!*

Giré a la derecha a pesar del dolor en la nuca, ese español entonado, con dejo mejicano me era familiar. De pie, serio, impassible, dueño de la situación estaba el ingeniero Oscar Gonzaga Roca, el mismísimo Presidente de Stone.

*Las cosas no son como parecen, sabemos que no es común pensar en bacterias relacionadas con la producción del cobre y el aprovechamiento de los depósitos de mineral, en el mundo somos muchos quienes las utilizamos y aunque parezca fantasía o mentira lo estamos haciendo con éxito aquí y en Toquepala. Hemos invertido millones de dólares para lograr el incremento de la producción que todos buscamos. Percibimos el interés de ustedes para recuperar los niveles de hace algunos años y quisimos colaborar de esta manera, los esfuerzos contemporáneos convocan la tecnología de punta y si está en nuestras manos lo hacemos ahora tal como lo estoy indicando, y lo haremos mañana porque si se trata de un asunto de inversión ¡el asunto también es nuestro!*

Estaba aturdido aún pero reconocí ese rostro casi burlón del hombre más importante de la mina Stone.

*Hemos venido tan pronto nos comunicaron lo sucedido porque lo consideramos absolutamente necesario, por sorprendente que parezca queremos, a través suyo, que el personal comprenda la situación y que no se alarme; con su actitud de hoy nos ha originado muchos problemas, es indispensable que demuestre lo contrario pues se vienen tiempos difíciles y no estamos dispuestos a perder el espacio ganado durante estos últimos catorce meses.*

*Para mayor información le diremos que la empresa ha adquirido dos tipos de bacterias, la *Ferrobacillus Ferroxidans* y la *Thiobacillus Thiooxidans*. Ambas participan en el tratamiento de óxidos de cobre en las dos minas, su función es simple: consiste en devorar las partículas de hierro y otros contenidos metálicos permitiendo liberar el cobre en las canchas de lixiviación.*

Me miró sonriendo, ordenó que se encienda el proyector instalado y en medio de las imágenes agregó:

*Las bacterias se convierten en nuestras aliadas para acelerar el tratamiento de los depósitos de óxidos en las dos minas como parte de los programas de inversión productiva que ha emprendido Stone.*

Hizo una pausa.

*Recuerde además que el PBI obtenido de la explotación minera así como de las canteras, en Mukiwa supera el 46% del total en el PBI regional; el volumen de producción minera metálica bordea el 60% en Stone e intentamos recuperar el bendito Impuesto a la Renta para el Canon o en todo caso para las ya famosas Regalías Mineras que se discuten en el Congreso de la República y que tanto reclaman. Pretendemos volver a*

*los 1,119.1 millones de dólares de hace algunos años en ese rubro para tranquilidad de todos.*

*¡Señor Manrique! ¿Acaso no tiene un pisco sour para nuestro amigo?*

*¿Sólo uno señor presidente?*

*¡No, para todos!*

Con presteza, casi con exactitud, como era costumbre en estos casos, es decir cuando lo pedía el Presidente de la mina, pude observar el ir y venir de la gente de Relaciones Publicas, una de las áreas mas exigidas en el frente externo. A los pocos minutos sentí el aroma placentero del Pisco Sour. Pude ver que le agregaban unas gotas de amargo de angostura.

*¡Salud! Tiene el día para descansar, mañana lo esperamos a primera hora.*

No dijo mas, dio media vuelta y detrás de el salieron casi todos quienes ocupaban la sala. Morón me acompañó hasta la cochera en donde esperaba ya listo Roberto, el chofer, tenía la maquina encendida.

De regreso a casa, al fondo del bus que la empresa había puesto a mi disposición en esta especial oportunidad, acompañado solamente por el chofer y mis pensamientos trataba de asimilar las palabras del ingeniero Gonzaga. Vinieron a mi memoria los rostros serios de quienes estuvieron en la sala de conferencias, las idas y vueltas de la gente de Seguridad Interna. La duda se había clavado en mis neuronas y no dejaba de pensar en mi única hija.

*¿Bacterias que se alimentan de hierro y de contenidos metálicos?*

*¡Claro! Esa es la explicación técnica y tal vez lógica para su convivencia con nosotros.*

Ya en casa, Elizabeth trataba de calmarme, ella sabía como. El sabor intenso de sus besos es distinto al de cada mañana al partir, sus torneados brazos brunos apretaban con fuerza, casi con angustia; sentí la suave redondez de sus pechos, la animosa cadencia de sus caderas y el ligero sudor de su vientre; su olor exquisito me invadió mientras en la oscuridad de la noche algo esperaba. No sabía que pero allí estaba, compartiendo nuestra habitación, entre las sábanas, en cada rincón de la casa porque era ya parte de nuestras vidas.....unicelular, reproduciéndose muy rápido, resistente a la sequedad, al frío, a las altas temperaturas.....independiente y mortal.

# El Pajarito Pepito





# EL PAJARITO PEPITO

**Q'anigorcco** es un bello lugar de atardeceres en silencio. Tardes acompañadas por el tenue y acompasado murmullo de aquel grupo de eucaliptos compañeros que desde lo alto observaban la nostalgia de mis tiempos juveniles cargados de sueños y esperanzas.

Después del indispensable cónclave familiar en Trujillo, fui privilegiado entre mis hermanos para iniciar la restauración de la antigua casona que era parte del fundo conservado con coraje y con fe por la abuela Luzmila. La casa, como todo el norte del país había sufrido las consecuencias del terremoto del setenta.

Al cabo de unos días partí con entusiasmo hacia el añorado camino de herradura que va siempre en pendiente a un kilómetro del pueblo, allá en Santiago de Chuco rodeado del conjunto de verdes polifacéticos que, desde el más añejo hasta el más fresco, me enseñaron a entender la filosofía y la necesidad de aquella amable gente para priorizar sus cultivos y sus cosechas.

De a pie no son más de quince minutos hasta la fachada horizontal precedida por las cinco columnas de madera que inauguran el largo corredor impregnado por el amigable color amarillo de las retamas en flor, sembradas por aquella mujer de rostro dulce y mirada tierna que no me abandona nunca aun después de muerta, Wendolina, mi madre.

La primera habitación, a la izquierda del corredor de entrada, sirve como improvisado depósito para guardar el mobiliario que no se usa durante nuestras inevitables ausencias de cada año seguida de un amplio dormitorio intermedio que se comunica por el interior con el salón principal y este a su vez hacia el corredor por medio de un gran portón de madera de doble hoja.

Luego un dormitorio más en donde mi madre y la abuela habían dispuesto que se almacenen las cosechas de maíz, de harina de alverja, de esa Chochoca incomparable o de los más grandes granos de trigo azul que haya visto en mi vida recogido por los cosecheros desde aquel lugar que llaman la Parva, en donde los caballos separan la paja girando en círculos, animados a gritos por algún partidario.

Al final del corredor, a la derecha, custodiando la casa, se encuentra la capilla familiar en donde, como lo supe desde siempre, descansan los restos de la madre del abuelo Cristóbal, mi bisabuela Juana. Sacudida por el terremoto de ese año que no respetó ni siquiera la osamenta, asomaba parte del recargado ataúd de madera con alegorías de plata en las cuatro esquinas y las iniciales: JD en la parte central.

Quedé petrificado por un instante sin pronunciar palabra mientras sentía que un intenso dolor punzaba mi garganta. Superar ese momento frente a los partidarios a quienes no terminaba de saludar aun, significó un gran esfuerzo de mi parte. No era bueno mostrarme débil ante ellos. Ya tendría tiempo más tarde para sentimientos y confesiones interiores.

Esa noche no pude dormir, la lluvia empezó a eso de las nueve, los partidarios habían acomodado la cama al centro de la habitación porque no hubo mejor lugar según dijeron y a mí me importó poco. Las goteras parecían interminables y se multiplicaban rápidamente, había olvidado que el terremoto trajo abajo las tejas del techo y por eso estaba aquí dando vueltas como un tonto; tuve que deshacer la cama y cuando me encontraba sin saber qué hacer ni a donde ir el Cecilio tocó la puerta.

- *Niño, puedo pasar? La noche será larga!*

Nunca supe su apellido, su rostro moruno tenía rasgos occidentales más pronunciados que los míos; era de unos treinta y cinco años, frente amplia, nariz delgada y recta, mentón firme, bigote y barba bien cortada que enmarcaban una sonrisa dura, como un reclamo sin tiempo y sin respuestas.

Fue cierto, la noche se fue haciendo larga. Una vez desarmada la cama, con su ayuda puse el colchón en el vano que forman las jambas y el dintel de la puerta de entrada a la habitación por el lado del corredor sin ningún problema, después de todo los muros tenían algo más de un metro de profundidad. Él se sentó a un costado, extendió el faldón del raído poncho sobre sus piernas sin quitárselo, sacó una bolsa con hojas del tabaco, del mismo que utilizaba el abuelo Cristóbal en vida, claro, había sembrado 10 plantas de tabaco para regalarse ese incomparable gusto al pie de la casa; otra con hojas de coca y finalmente una botella de alcohol.

Conversábamos de la lluvia, del tiempo, de la casa, de las goteras, de las cosechas al partir y de los vecinos que entraban a llevarse el maíz de la misma panca, mientras yo observaba con interés y con sorpresa sus movimientos, su ritual.

Sobre su poncho extendió un puñado de hojas de coca y otro de tabaco, las mezcló mientras hablaba, se llevó la botella de alcohol a la boca, la llenó de un sorbo y cuando pensé que se lo bebería, lo escupió rociando con él las hojas de tabaco y de coca que ventilaba con la mano libre levantándolas y dejándolas caer nuevamente mientras volvía a escupirlas. Al terminar me ofreció compartir.

Con cierto recelo, o tal vez con esa detestable neofobia de ciudadano inexperto lo miré tratando de escudriñar en el fondo de sus ojos alguna señal de desconfianza. Sin inmutarse me explicó con su ancestral paciencia como armar el bolo de coca en la boca. A un costado, masticando bien y sin temor, despacio, ensalivando.

El sabor y el olor de las hojas bañadas en alcohol alejaron rápidamente de mí la primera sensación de duda y asco.

Mientras yo me abría al mundo andino del que tanto hablaba Vallejo, él enrolló las hojas más grandes de tabaco que había separado premeditadamente y armó un cigarro que fumamos bajo el ruido de la lluvia y de las goteras que empantanaban la habitación. Sacó su checo preparado a costa del sacrificio de una pequeña calabaza, le quitó la tapa que llevaba incrustada una larga aguja, la miré con detenimiento, tenía impregnado un polvo blanco que introducía con cuidadosa intermitencia en el bolo de coca armado en su boca.

- *Es cal en polvo, no se asuste!* Me dijo.

Al salir la aguja estaba limpia. Repitió la acción una y otra vez y luego me desafió a hacerlo.

No tenía nada que perder, es así que por vez primera conocí el esplendor, la luz multicolor del tiempo detenido en aquel momento, sin cansancio, sin sueño a pesar de la hora, pero a la vez sin inconvenientes, sin problemas a la vista; en fin, el efecto, el sabor y el olor de una antigua, alucinante y sabrosa tradición.

Me vi niño, muy temprano por la mañana junto a mis hermanos, a un costado de la cocina de servicio, la abuela y mi madre habían hecho traer a tres de las vacas recientemente paridas y trajeron también a sus becerros. A su orden los partidarios los soltaron y cada uno de ellos se prendió de las ubres a punto de reventar de sus madres que nos miraban con esos grandes ojos de sorpresa sin fin.

Al cabo de unos minutos, tirando de los cabestros que tenían atados al cuello, los partidarios retiraron a los becerros sin importar su bulliciosa protesta. María Huamán, la partidaria más antigua y leal, los sustituyó llenando con impresionante rapidez el ordeñadero que había colocado debajo alcanzándolo a mi madre.

Ella distribuyó la espumante y tibia leche en grandes vasos para cada uno de nosotros.

- *¡Bébanla, es leche mamanta, reforzará su estomago para cuando sean adultos!* Nos dijo a manera de orden. No estaba dispuesta a escuchar reclamos ni protestas.

Aun no sé si sucedió realmente o si fue el efecto de esa refrescante masa verde activada por el polvo blanco pegado a la espada del checo intermitente taladrándome el carrillo indefenso y adormecido en la ofrenda alunada de mi voluntaria estancia.

Aquella noche, junto a la guitarra decorada con tempera de colegial y laqueada en el calor fraterno que partía del entusiasmo que solo ocho hermanos podrían generar, le canté a la vida, a la abuela, a mi madre y a aquel lugar mágico en donde descubrí un mundo nuevo no tan nuevo distante a siete horas de Trujillo:

*“Por ti y en ti encontré el tijeral iluminado,  
supe que la vida esta mas allá de mi casa y mi ciudad.*

*Bola mágica de arco iris trasnochado  
masticando la entraña de mis agónicos ensueños  
en noche de gotera undísona que sacudió el surco  
esculpiendo la vieja sombra de mi endeble humanidad,  
renaciste fuerte, intensa en la pupila de mis ojos,  
hoy a pesar del tiempo y la distancia,  
aún estas en mí, entrañable Q'anigorcco”.*

Me desperté con el ruido de una manada de ovejas que balaban transitando alegremente por el camino de herradura que pasaba delante de la casa. Salí hacia el corredor principal y me encontré con el largo poyo protegido por el alero, presto, siempre dispuesto que me acompañó lealmente, noche a noche para cantarle a todo y a la nada junto a la guitarra compañera de mi animosa adolescencia.

Un poco más abajo se extiende ondulante el muro de adobe forrado por el barro milenario trabajado a mano y frotachado con esa criolla paleta de madera que da acceso al fundo en sí. A ambos lados del viejo portón de madera, las dos cabezas clavadas antropomorfas, inalterables, talladas en piedra que nos detenían durante las vacaciones de julio para escuchar a Manuel María, nuestro hermano mayor que sustentaba con detalle y con pasión su filiación Chavín. Rostros inmarcesibles que observaron por siglos al caminante que no tenía otra alternativa para llegar a los baños termales de Cachicadán.

Entrando, un poco a la derecha está el ojo de agua, terco, solidario, que jamás dejó de aflorar como una bendición cristalina y limpia. La rojiza teja, o lo poco que quedaba, coronando la cabecera y los techos a dos aguas, contrastando con el azul del cielo serrano.

El tío Carlos Miñano había venido trayéndonos el impostergable pan de yema y las masitas de manteca; quería saber si llegué bien y si necesitara algo, solamente era cosa de avisarle; mi madre quería estar siempre informada, que cuide de la abuela, que salude a Pepito, a la tía Rosa y a quien se me cruce en el camino porque aquí todos conocen a la niña Wendito.



Aquella misma tarde supe de Pepito y de sus padres, la abuela Luzmila me habló de ellos. Era una familia como cualquier otra que había venido de un poco más al norte en busca de olvido, de un nuevo ambiente y de amigos que no se burlaran de la cojera del niño. Había perdido su pierna en circunstancias tan extrañas que era mejor para todos olvidar.

Una vecina, la tía Rosa les contó de este hermoso lugar y de la abuela, la había pintado simplemente tal cual era, de temple a toda prueba, acostumbrada a tomar decisiones bajo las circunstancias más difíciles pero dueña de un gran corazón. Ellas habían estudiado juntas en el Cesar Vallejo y la amistad que cultivaron se mantuvo viva durante todos estos años a pesar del distanciamiento de la tía Rosa que partió con su esposo, don José, tipo alto y fornido que vino aquel año trayendo sombreros desde Sechura para el trueque del mes de julio, durante las fiestas del Apóstol Santiago el Mayor, el amor surgió entre ellos y al cabo de poco tiempo viajaron juntos.

Reunidos en torno a la pequeña mesa, en la cocina de servicio donde acostumbraban cenar el Cecilio y la María Huamán, los partidarios principales del fundo, al abrigo del fogón de leña que calentaba esa noche el exquisito y maternal Shambar que acompañamos con una porción de maíz paccho, solté la pregunta que al parecer esperaban escuchar en cualquier momento;

- *Mamamila ¿Qué paso con Pepito?*

*¡Es una historia larga de contar y creo que no me corresponde hacerlo, no te metas en lo que no te incumbe!*

Fue una respuesta directa y tajante como todas las de la abuela; guardé silencio por un instante mientras terminábamos la cena, la luz mortecina

de la lámpara me ayudó a ver colgada del rustico gancho, las dos piernas de jamón de cerdo que enviaba una vez por mes a Trujillo.

*¡Lo que no logro entender es si nació así o sufrió un accidente!* Dije de la manera más casual posible.

La abuela me miró de reojo con esa sonrisa entre repressiva y burlona que le conocí desde siempre. Dio la vuelta alrededor de la mesa, jaló uno de los bancos de maguillo y se sentó a mi lado.

*- ¡Está bien, te lo voy a contar pero quiero que me entiendas que esta será la primera y la última vez que hablemos de un asunto ajeno que en todo caso, no nos incumbe. Si lo hago es porque espero que aprendas la lección y la transmitas a mis bisnietos. Tal vez yo ya no los vea!*

Pareció observar el infinito buscando entre sus recuerdos el más mínimo detalle de lo sucedido. Su rostro, enmarcado por el plata de sus cabellos se iluminó como en tantas ocasiones al iniciar sus relatos, arqueó las pobladas y negras cejas, me miró directamente a los ojos y entonces supe que lo haría.



.....Érase una vez una pareja que vivía feliz en lo alto de los algarrobos en Sechura, allá al norte. Al poco tiempo nació Pepito, querido y mimado desde el primer día, nunca llegó a escuchar con atención los consejos de sus padres que le hablaron de la involución del mundo, de los peligros que encerraba su propio entorno y de los contrastes inesperados del tiempo, pero sobre

todo del desierto cercano que se abría al terminar la última fila de algarrobos.

Un día como muchos, mientras sus padres salieron a buscar alimento, **Pepito** decidió hacer el escarceo inaugural de su zona; caminó hasta el borde del nido, tomó impulso y sin pensarlo dos veces, con la imprudencia propia de su edad saltó al vacío. Extendió sus cortas alas y realizó los primeros movimientos que había ensayado a solas. Al principio muy rápidos, de arriba abajo como se lo ordenaba su memoria genética pero con tanta impericia que empezó a caer.

Controló el miedo que había acelerado los latidos de su pequeño corazón, trató de sincronizar cada aleteo ayudado por la dirección del viento, giró su cuerpo hacia ese lado y onduló el batido; uno, dos, tres arriba; uno, dos, tres abajo.

*Repitió este movimiento tratando desesperadamente de mantener el equilibrio y la calma, cuando pensó que no lo lograría estabilizó la caída a veinte pies del suelo, se balanceó hacia la izquierda y luego a la derecha; como pudo llegó nuevamente al nido e intentó calcular, por primera vez, la altura de los algarrobos.*

*El resultado de esta observación, en vez de resultar ejemplificadora, motivó el principio de una vanidad infantil inconsciente y desmesurada. El incipiente plumaje se esponjó con un agradable cosquilleo en el cuerpo que corrió suavemente hasta el extremo de sus alas; las extendió con satisfacción desmedida simulando un nuevo vuelo pero esta vez no se movió de su sitio, repitió la experiencia una y otra vez con entusiasmo más que con sabiduría, con ese instinto heredado de su especie que lo llevó a comprobar que para volar no es suficiente batir las alas sino que, además, se requiere armonizar algunos movimientos que permitan la postura ideal de la cabeza, apuntando el pico en dirección al horizonte y el cuerpo en la misma línea con firmeza.*

*Hasta ese momento el cuerpo y las alas fueron sus mejores aliados, lo que no lograba controlar aun era la posición de sus extremidades inferiores. De pie, sobre el nido que su madre construyó con ahínco, bajó la mirada y las observó con detenimiento durante unos segundos. Sintió que sus tarsos aun sin trájín eran fuertes, tal vez más de lo que realmente eran. Pensó que el dobléz entre la tibia, el tarso y sus dedos dibujaba el ángulo perfecto permitiéndole sostener esa posición, caminar e incluso correr.*

*Bueno, ya lo estudiaría mejor en el próximo intento.*

*Ese día, al llegar sus padres se cuidó de no mencionar la experiencia, cenaron juntos y después de la oración de rigor se fueron a la cama, el descanso reparador era necesario.*

*Al alba de la mañana siguiente Pepito desayunó lo que sus padres habían guardado celosamente la noche anterior, pasaron juntos algunos instantes pero debían continuar. A pesar de que apreciaron un viento más intenso que de costumbre la pareja decidió partir. Ajustaron las ramas con las que construyeron su hogar para darle mayor seguridad, apartaron las hojas más grandes que se agitaban golpeando las estructuras del nido mientras hacían las recomendaciones de siempre:*

*¡Ten cuidado, mira que las cosas están difíciles para todos, por lo tanto el hambre abunda, no te alejes demasiado y cuídate del mal tiempo, nosotros volveremos por la tarde!*

*Al salir no se dieron cuenta que Pepito corrió para observarlos con una curiosidad inusual y así se mantuvo hasta que los vio perderse entre los verdes y azules de incontables matices.*

*¡Pero claro! La posición de las extremidades inferiores no es vertical durante el vuelo. Al primer aleteo de sus padres observó que cuando perdieron contacto con el piso las extremidades inferiores se encogieron hasta casi desaparecer pegadas al cuerpo. La fuerza del batido de su padre era distinta a la que ella realizaba pero ambos coincidían en la destreza, uno al lado del otro con el lomo azul oscuro brillante y erizado por el inusual ventarrón que contrastaba con el pecho rojo del cual se sentía tan satisfecho a pesar de su corta edad. Adelante terminaba en el pico oscuro, casi negro, pero lo que más lo llenaba de orgullo infantil era ese penacho rojo que también había heredado, en forma de mitra de sus parientes, los cardenales. Sorprendido vio que el penacho se erguía,*

*trémulo, vibrante y parecía cortar el espacio como jamás pudo hacerlo nadie en su especie. El espectáculo fue impresionante y Pepito volvió a sentir el mismo cosquilleo del día anterior, tal vez con más intensidad haciendo crecer en él un sentimiento de autosuficiencia frente a las circunstancias ambientales. Abrió las alas, dio un par de vueltas sobre el nido, revisó con cuidado las remeras y volvió a bajar.*

*¡Es ahora o nunca! Pensó.*

*Quiero conocer ese desierto del que tanto me han hablado, dicen que es peligroso pero no para mí.*

*Se acercó al borde, tomó impulso y partió.*



*Los primeros metros fueron de prueba, contrajo las patas pegándolas al cuerpo, desplegó las pequeñas remeras imitando a sus padres y batió con moderación pero con fuerza. Lo demás fue fácil. Esquivó con relativa facilidad algunas ramas crecidas y avanzó suavemente hasta la última hilera de algarrobos; en unos minutos se encontró surcando el desierto con una alegría indescriptible que pareció moderar el calor que se abría frente a él. Volvió la cabeza y observó cómo se alejaba el extenso bosque hasta reducirse a un punto verde que luego desapareció de su vista.*

*Siguió volando con fruición sin darse cuenta que el cansancio invadía su pequeña anatomía. De pronto sintió un fuerte empujón que venía de la derecha, sorprendido perdió momentáneamente el equilibrio pero se repuso rápidamente tratando de entender lo que había pasado, miró hacia ese costado y no encontró nada sospechoso, a la izquierda igual. Un ligero temor se asentó en su cerebro y pensó que era mejor volver.*

*En el preciso momento en que inclinó el ala izquierda para establecer el giro de retorno sintió nuevamente el golpe, esta vez perpendicular sobre su pecho, con tal fuerza que casi pierde el sentido. Con desesperación se sintió caer pero cuando lo invadía el calor intenso del arenal logró el pandeo de salida. Aleteó como pudo hasta estabilizar el vuelo, intentó saber qué cosa era aquello que por poco lo lleva a la muerte y es entonces que comprendió lo que sucedía, el entendimiento llegó de improviso, como una explosión.*

*La duna avanzaba opaca, densa e incontenible. La situación se tornaba difícil, giró a favor del viento y puso la máxima vitalidad en cada movimiento, mantuvo la mirada atenta a cualquier cosa que le sirviese de apoyo o escudo para protegerse del extenso arenal. Abajo, ligeramente a la derecha vio aquella piedra grande, estéril pero firme como la esperanza de vida. Se dirigió inmediatamente en esa dirección y cuando estuvo a punto de estacionar su vuelo, cuando bajó sus pequeñas patas abriendo al mismo tiempo las alas en un batido casi vertical, la duna lo golpeó con tal braveza que lo estrelló contra la piedra.*

*Un dolor intenso hirió sus sentidos, cayó de espaldas y le pareció ver su pierna izquierda partida en dos, creyó escuchar la voz de sus padres con el terco consejo de cada día, le invadió una gran vergüenza, y en ese instante un manto negro envolvió su conciencia.*

*Cuando despertó se encontraba en cama, las vendas le cubrían casi todo el cuerpo, entonces vino a su memoria la imagen de su pierna izquierda; de un tirón levantó la cobija y la vio vendada hasta el pie. Sus ojos procuraron reconocer el lugar y lo primero que encontró fue el rostro de su madre, las lágrimas rodaban por sus mejillas y en su mirada pudo sentir una honda pena cargada de amor, ese grande e inmenso amor que experimentó tantas veces en su corta existencia.*

*¿Madre, que sucedió?*

*Al volver por la tarde hace tres días no te encontramos, salimos en tu búsqueda y nos dijeron que te habían visto volar por el bosque, hacia el desierto. En un principio, como podrás imaginar lo dudamos pero cuando llegamos al lugar indicado, un cardenal amigo ratificó la información; él y cuatro cardenales más nos acompañaron por el desierto hasta que te encontramos moribundo al pie de una gran piedra, tenías la pierna destrozada. Entre todos te trajimos de regreso a casa, una vez aquí intentamos salvarla pero no fue posible. El ortopedista recomendó un implante de cera y eso es lo que hemos hecho, ahora tienes una pierna de cera, la cirugía ha sido exitosa y esperamos que tu organismo no la rechace.*

La abuela Luzmila hizo una pausa, por un momento pensé que iba a detener sus recuerdos. Se levantó y puso delante de mí una infusión aromática impregnada de ese inenarrable y ancestral recuerdo genético: el fogón de leña.

*¿Qué es, cedrón o toronjil?*



*No reconoces el toronjil muchachito? Dicen que es bueno para el corazón, sobre todo cuando recién se llega de la ciudad. Hay una canción que cantaba mi madre cuando yo era niña.*

Y la entonó como solamente ella lo sabía hacer:

*“Quisiera ser matecito,  
matecito de toronjil,  
Para entrarme, en tu pecho,  
y no volver a salir”*

Colocó al centro un plato con el humeante e infaltable mote de trigo dulce, testigo fiel de aquellas noches plenas de sabor familiar, producto de la última cosecha. Tomó nuevamente asiento y con la taza en sus blancas manos continuó su relato.



*La recuperación de Pepito duró seis semanas, el cuidado de sus padres lo tuvo pronto en pie, caminando, al principio con ayuda pero después de ese tiempo se bastaba por si mismo llegando incluso a volar en cien metros a la redonda acompañado por uno de sus padres que se turnaban para salir pronto.*

*Pasaron tres meses para que la normalidad vuelva a su hogar, la vida exigía cada vez más dedicación y esfuerzo. Pepito tuvo que quedarse nuevamente solo.*

*¡Por favor ten cuidado, si sales no te alejes demasiado!*

*Era la recomendación de cada mañana durante casi un año. Poco a poco se fue incubando en él un sentimiento de curiosidad y desafío; la angustia invadía sus pensamientos que trataban de recordar la dramática circunstancia vivida.*

*Un 28 de diciembre, cuando el sol inaugural del verano anunciaba un lindo día, se levantó temprano, desayunó junto a sus padres y esperó su partida.*

*La decisión había sido tomada. Estiró las alas batiéndolas con movimientos controlados pero enérgicos, probó su resistencia en círculos rápidos y de inmediato se dispuso a partir.*

*Al llegar a la última hilera de algarrobos su corazón latió con fuerza movido por la emoción y sus ojos escudriñaron el paraje con estudiada atención, debía tener en cuenta cada detalle que le fuese útil en caso de urgencia. Nada de vientos extraños se dijo, mientras el sol se levantaba despacio, sin prisa.*

*De pronto a lo lejos divisó la gran piedra. Una vez sobre ella dio varias vueltas alrededor sin que encontrase motivo alguno de preocupación; lentamente se posó a un lado de la superficie compacta, sintió el pequeño penacho rojo erizado por la excitación y cuando todo parecía ir bien, intempestivamente su cuerpo cayó hacia el lado izquierdo golpeándose el pico. Un tanto aturdido y apoyándose grotescamente con las alas se levantó intentando comprender que había pasado, pero volvió a caer.*

*Lo extraño de todo esto es que no sentía dolor, algo no encajaba bien, miró la mancha resinosa bajo su cuerpo y la verdad llegó de golpe, sin misericordia, como todas aquellas que nos devuelven a la realidad.*

*El implante de cera se había derretido al contacto con la piedra caliente por el sol.*

*Pensó en sus padres y por primera vez sintió no haberlos escuchado. Cada palabra cariñosamente al despedirse por las mañanas. La tierna actitud de regurgitar sus alimentos para él todas las tardes, al regreso de un trajinado día, sin importar la hora ni el cansancio. Por un instante recordó a su padre recogiendo del pico de su madre la sustancia que le daría la vida cuando él recién salía del cascarón. Y entonces lloró, lloró como el niño que era, tristemente apoyado en sus alas grotescamente entreabiertas, el pico desfalleciente hacia el suelo firme de la gran piedra*

*y el rojo penacho desgreñado, sin ese brillo que llenó su espíritu de vanidad en tantos momentos tontos e inútiles.*

*El dolor que sintió en el alma fue afinando sus sentidos hasta devolverle su facultad de discernir sobre la actitud que debería adoptar a partir de tan lamentable situación.*

*Hizo un esfuerzo, levantó la cabeza, alisó el rojo penacho y con un aleteo moderado se alzó sobre aquella piedra que por segunda vez no le permitía posarse en ella llevándolo casi a la muerte.*

*La pregunta sonó en el desierto como un reclamo contenido:*

*¿Piedra que tan valiente eres de quemarme el pie?*

*¡Más valiente es el sol que me calienta a mí! Díselo a él. Respondió ella con desgano.*

*Pepito subió hasta donde el sol pudiera escucharlo y pregunto:*

*¿Sol que tan valiente eres de calentar piedra, Piedra que me quema el pie?*

*¡Más valiente es la nube que me oculta a mí!*

*Buscó a la nube más cercana y pregunto:*

*¿Nube que tan valiente eres de ocultar al sol, sol que calienta piedra, piedra que me quema el pie?*

*¡Más valiente es el viento que me empuja a mí!*

*Giró hacia el viento y pregunto:*

*¿Viento que tan valiente eres de empujar nube, nube que oculta sol, sol que calienta piedra, piedra que me quema el pie?*

*¡Más valiente es el muro que me detiene a mí!*

*Voló hasta encontrar el muro y pregunto:*

*¿Muro que tan valiente eres para detener el viento, viento que empuja nube, nube que oculta sol, sol que calienta piedra, piedra que me quema el pie?*

*¡Más valiente es el hombre que me construye o me destruye a mí!*

*Buscó al hombre, aquel ser capaz de construir o destruir lo que hay en el mundo y le preguntó:*

*¡Hombre que tan valiente eres de construir o destruir murallas, muro que detiene viento, viento que empuja nube, nube que oculta sol, sol que calienta piedra, piedra que me quema el pie?*

*¡Más valiente es la muerte que me vence a mí!*

*Fue hasta la muerte y le pregunto:*

*¿Muerte que tan valiente eres de vencer al Hombre, Hombre que construye o destruye muros, muro que detiene viento, viento que empuja nube, nube que tapa sol, sol que calienta piedra, piedra que me quema el pie?*

*¡Más valiente es la piedra que me lapida a mí!*

*Sin darse cuenta, Pepito se encontraba como al principio, nuevamente frente a la gran piedra, inescrutable, solida, de aspecto casi metálico. Avergonzado, sin decir una sola palabra mas, dio media vuelta y como pudo emprendió el vuelo rumbo a casa.*

*Al día siguiente partieron todos en busca del Apóstol Santiago el Mayor, la fe de mi amiga Rosa los condujo hasta aquí.*

*¡Y colorín colorado, vete a descansar, espero que hayas aprendido algo, mañana temprano debemos subir la cumbrera, seleccionar los pares, los nudillos y las tejas para reconstruir el techo que destruyó el terremoto; hay trabajo para rato!*

La abuela Luzmila se levantó, cogió la lámpara y sin decir una palabra salimos juntos.

Esa noche Q'anigorcco, una vez más, guardó silencio.

## GLOSARIO DE PALABRAS EN QUECHUA Y AYMARA

1. Añay : Gracias, muy agradecido, infinitamente Complacido.
2. Apu : Señor eminente, excelso, Divinidad, Dios de Dioses.
3. Apuski Kusa : Antepasado de abolengo, abuelo, bisabuelo bueno
4. Ayllu : Pueblo, comunidad, parcialidad territorial, División del distrito
5. Camata : Pampa colorada en Moquegua
6. Camayoc :
7. Camanchacos : Hombres de mar
8. Capangos : Gentilicio moqueguano
9. Caquiavire : Gentilicio de Ayaviri (Altiplano)
10. Cauquicura : Gentilicio en la historia del Altiplano
11. Chaku : Rodeo, cerco del animal salvaje para capturar, Caza del animal.
12. Chen Chen : Lugar con geoglifos en Moquegua
13. Chiribaya : Cultura regional con sede en Ilo - Moquegua
14. Colca : Deposito, granero
15. Coricancha : Lugar de adoración del sol
16. Cuchuna : Poblador de la antigua Moquegua
17. Estuquiña : Lugar y cultura regional con sede en Moquegua
18. Hatun Mayu : Rio grande
19. Huarina : Lugar del antiguo Altiplano
20. Iru : Paja seca
21. mauk'akausay : Vida antigua o remota
22. Moquingoa : El rio antiguo de Moquegua

23. Omo : Espacio geográfico del valle moqueguano
24. Paqarin Kama : Hasta mañana
25. Parihuana : Ave de la zona
26. Umu Cusa : Sacerdote
27. Meqlla : Bolsa, morral
28. Qhapana : Templo, adoratorio
29. Hatun Colla : Gran lugar aymara
30. Huaracane : Lugar y río de Moquegua
31. Nayrawara : Ojos de estrella (Aymara)
32. Mallama : Lugar en donde hay oro
33. Mayta Capac : Cuarto Inca
34. Perca : Muro, pared
35. Pisac : Lugar en Cusco
36. K'uchu : Rincón
37. Q'ero : Vaso ceremonial Tihuanaku
38. Tancaray :
39. Torata : Distrito de Moquegua
40. Tumilaca : Lugar en Moquegua
41. Sacsayhuaman : Fortaleza cusqueña
42. Samegua : Distrito de Moquegua
43. Sayri Tupac : Palacio de uno de los últimos incas de Cusco –Valle Sagrado.
44. Yacango : Lugar en Moquegua
45. Yaral : Lugar en Moquegua, concentración de Yaros.
46. Yaro : Espina de vegetal
47. Yawar : Sangre